LUIS CERNUDA HA MUERTO

Murió como tenía que morir, en olor de poesía: solo. Soledad acompañada de sí misma. La que le acompañó toda su vida. Cristal fragilísimo era todo su ser, y un día u otro las fibras sensibles de su corazón tendrían que parar su trino en armonía con los silenciosos pasos de su eterna poesía.

Recuerdo uno de mis escritos, entre los que hice de los muchos momentos que fuí describiendo el carácter suyo, atrayente e irresistible, que no había quién lo aguantara, y que sólo una admiración sincera podría descubrir, en esa apariencia hostil refunfuñadora, una infinita ternura, falta de correspondencia en el ser humano. Yo iba anotando. "¡Qué difícil es poder hablar con Cernuda sin herir su sensibilidad de niño! Cernuda es un tipo curioso, de tal fragilidad en su carácter como la pieza más exquisita y bella de un fino cristal o porcelana de Sèvres; por esto mismo se hace querer al tenerlo que tratar, pues hay que hacerlo con inusitado mimo, en acorde de admiración con su auténtica, honda y sin par poesía.

Zaratustra decía que un solitario es como es, como un pozo hondo, y hay que tener sumo cuidado con lo que se deposita en él, porque siempre el objeto o palabra queda para siempre incrustado.

Hoja de fino oro, frágil al viento de la cotidiana vida, es Luis Cernuda; pero hoja dorada, que prende admirablemente en el marco que recorta la continuada poesía de un ser hecho del todo para el sentimiento de delicia angustiosa."

Luis Cernuda se amaba y odiaba a la vez y, su otro yo, adoraba los versos, que eran razón constante de su vida, apasionado única y exclusivamente de una poesía que habrá de darle vida inmortal.

Prescindía siempre de su enemigo constante que fué el ser humano, y que sólo aprovechó, metamorfoseándolo a su antojo y conveniencia, para realizar su obra creadora.

Su propia intimidad cariñosa y feroz fué armonizada en esos poemas que tanto le hacían gozar, a la vez que horriblemente sufrir, pasto éste de su ideal poesía.

¿El sufrimiento era su goce? Posiblemente. Sufrimiento constante, alimentado cordialmente.

No le cabía el sufrimiento en el cuerpo, que se convertía en pavesa, dispuesta a desmoronarle y hacerle caer desvanecido.

Sólo le quedaba el espíritu; lo corporal podía caer muerto y desaparecer, sin dejar el menor rastro.

Ni él mismo podía resistirse, a pesar del oscuro cuidado y ternura con que le sostenían sus propios, maternales brazos.

Amaba recónditamente, con frenesí y entusiasmo, a los seres que inventaba su imaginación, que convertía en reales seres humanizados, que se eternizan en su angustiada, solemne y maravillosa poesía.

Luis Cernuda era sólo POESÍA, y la poesía estricta no se "encontraba" en el mundo humano. ¡Trágico sino!

Una frase suya, entre la infinidad de ellas que le oía decir, es ésta, terrible, ingenua, a la vez que irrisoria, si no fuera por la autenticidad y tristeza con que la decía: "El *foiegras* existe a costa de tener que ahogar al pato." El *foiegras* era su poesía y el pato su propia persona, el poeta.

Nada ambicioso de pompas, prefería contentarse con lo que materialmente podía abarcar, y podía abarcar poco, poquísimo, lo estricto donde colocar su humana capacidad, una silla, un armario y una cama, a estilo de franciscana estancia, aunque de romántico y refinado estilo, y todo limpio, muy limpio, como el aseo de su persona. También una pipa, tan adherida a él, que parecía un hueso separado y unido a la vez a su constitución física. Una plancha y una maquinilla de cortar el pelo, que no se sabe dónde escondía, pues en los cuatro años y medio que vivió en mi casa de Londres, jamás pude verlas y eso que siempre iba con la raya del pantalón perfectamente planchada y con un corte de pelo impecable.

Tenía manía un tanto ostentosa, de profusión de cepillos de dientes, que colocaba en forma de altarico, ¿en homenaje, quizá, de alguna dentadura bella que soñara ver entre sus seres amados imaginativos?

Ser extraño y sencillo, Luis Cernuda. Gran poeta. Eterno niño ansioso de caricia humana que, ni maternal ni amantemente, jamás disfrutó; por eso, quizá, su peremne desconfianza en el humano ser; perro sin amo, que no encontró en la vida, por desear tan púdica y calladamente lo que, en general, los demás mortales consiguen para su placer. Pero, a cambio, Dios premió su poesía, haciéndola eternamente vivir.

Pudo elegir, en mi casa, grandes y suntuosas habitaciones. Prefirió vivir, sin embargo, en una pequeñita estancia, aunque limpia y alegre, con vistas risueñas a uno de los parques más maravillosos de Londres, Hyde Park.

El gran ventanal, que ocupaba todo un muro, daba a su habitación aires, aires de mágica jaula, donde podía cantar a su gusto, solitario y exótico, un extraordinario poeta, cuyo canto quedará impreso poéticamente en un eterno destino, reservado sólo a poetas tiernamente cantores de la humana belleza imaginativa, como lo era el sevillano-español Luis Cernuda.

Dios lo tenga en su cielo, y su fama se acreciente en el mundo.

GREGORIO PRIETO